

El Acuario
Cuento ganador del Premio Medio Pollito 2006

Autora: Melanie Taylor Herrera
Email: melataylor@cwpanama.net

En las cristalinas aguas de un acuario nadaban felices seis peces tetra de cuerpos esbeltos y pancita roja. Estos solían moverse con facilidad hacia arriba y hacia abajo, de derecha a izquierda, como si danzaran al compás de una invisible música de piano. El líder del cardumen era Eloy quien con gran entusiasmo movía su cola ágilmente para indicarles a los otros por donde ir. Se sentían los dueños del mundo, y que todo lo que había en el acuario les pertenecía incluso la arena de colores que estaba en el fondo, las algas verdes y pardas que se mecían a su paso, y el molinillo de plástico cuyas aspas se movían con las burbujas que lanzaba el filtro del agua.

La dueña del acuario, quien desconocía el pensamiento de sus peces, decidió traerles unos nuevos amigos, unos peces llamados guramis que eran muy delicados y tímidos, que relucían como perlas. Al encontrarse los seis guramis frente a los seis tetras, corrieron a esconderse asustados cerca del molinillo de plástico. Una gurami llamada Gugi fue la primera en tratar de entablar conversación con el tetra Eloy quien le informó que no sabía porqué rayos los habían traído a su estanque pero que fueran sabiendo que los Tetras estaban ahí primero y por eso eran los que mandaban. Esto molestó mucho a Gugi a quien le había costado tanto esfuerzo poder decir algunas palabras a pesar de su timidez . Le comunicó el resultado de su conversación a los otros guramis quienes fruncieron el ceño con disgusto al saber el mal recibimiento que habían tenido. Por eso los dos cardúmenes se evitaban el uno al otro: si los tetras nadaban a la derecha, los guramis lo hacían a la izquierda; si los tetras bajaban al fondo, los guramis subían.

La dueña, una viejecita muy amable y de voz dulce, se contento tanto de ver a sus pececitos nadar tan gráciles que poco después trajo un pez arlequín, quien solito y sin amigos, quedó entre los tetras y los guramis. Los guramis inmediatamente le ofrecieron su amistad y los tetras lo miraron con desdén pues qué se podía pensar de un pez que anda solo, sin amigos, ni parientes, sin nadie que le hiciera sombra. El pez arlequín, llamado Joaquín, se posó triste en una esquina suspirando y quejándose de su suerte. ¿Cómo es posible que me separen de mis hermanos y me dejen aquí solito? ¿Por qué Eloy siempre me molesta y me dice que es el dueño del estanque? Joaquín nadaba y suspiraba, suspiraba y nadaba. A veces trataba de animarse porque Gugi le invitaba a nadar con ella pero aún así pronto se dejaba vencer por el desánimo y volvía a posarse en su esquinita.

No contenta con tener tetras, guramis y un pez arlequín, la señora Carlota decidió añadir a su acuario dos peces millón. Estos peces que en verdad eran millonarios tenían unos vestidos que hacían lucir a los otros peces como unos mendigos. Sus colas eran del color de la piel del leopardo, llena de rayas amarillas y negras que se mezclaban bellamente y que movían como si la música de cientos de violines sonara a su paso. El señor y señora Cobra, que así se llamaban los peces millonarios, pasaron entre los tetras sin ningún problema a pesar de que Eloy los miraba con disgusto pues veía que su mundo se llenaba de más y más peces. La señora Carlota se quedaba embelesada mirando a los señores Cobra pues debido a su belleza los tenía por sus favoritos y, como quería complacerlos y tenerlos felices, la señora Carlota les puso más comida a los peces y además de las hojuelas que les daba les añadió larvas de insectos y gusanos en trocitos. ¡Qué deleite!- pensaron los guramis mientras masticaban glotones. ¡Todo porque son los peces millonarios!-dijeron los tetras mientras masticaban con

rabia. ¡Todo porque estoy solito!-suspiraba el pez arlequín porque del banquete sólo le toco una hojuela de milagro.

Como el acuario era muy grande requería de limpieza cada tanto tiempo y la señora Carlota decidió hacer dos últimas compras: un caracol llamado Arnoldo y un pez gato llamado Ukelele. Arnoldo era un tipo muy simpático y pronto se ganó el aprecio de todos en el estanque pues siempre saludaba amigablemente: le decía a Gugí que era muy linda y a Eloy que era muy fuerte. Incluso Joaquín solía pedirle que le escuchara todas sus quejas. Arnoldo además ayudaba a mantener limpio el tanque pues era muy cooperador. En cambio el pobre Ukelele le cayó mal a todos desde un principio. Era un pez grande, oscuro y torpe que sólo podía nadar de noche y la mayor parte del tiempo se la pasaba tirado en el fondo del acuario durmiendo.

¡Lo que nos faltaba!-dijo Eloy en una asamblea pública- ¡Que nos pongan a un holgazán a ocupar el poco espacio que tenemos! Debemos votar para que lo saquen del tanque. Los guramis dijeron que Ukelele era un pez peligroso y que ellos habían escuchado de unos primos que ese tipo de peces se comía a otros y que tuviesen mucho cuidado porque cualquier día de estos se iba a comer a alguno de ellos. Joaquín temblaba de miedo de solo pensar en que Ukelele se lo comiera. ¡Y yo que no tengo a nadie!-decía casi llorando. El único que no opinó igual fue Arnoldo que les dijo que a lo mejor debían intentar hablarle a Ukelele y no juzgarlo sin conocerlo. Pero por más que quiso hacerles entrar en razón los peces se ensañaron con Ukelele y le hicieron la vida imposible: no le dejaban comida; lo rozaban a propósito con las colas pasándole muy cerca durante el día impidiéndole dormir; en la noche cuando se levantaba también se quedaba uno que otro despierto para molestarle la paciencia. Ukelele no entendía porque los peces lo trataban así ya que era muy tranquilo y su trabajo era precisamente limpiar el estanque en las noches mientras los otros dormían. ¿Qué les he hecho?-se

preguntaba cabizbajo y confundido pues ya no tenía momento de descanso ni de día ni de noche y también tenía hambre. La señora Carlota viendo a Ukelele comportarse de manera extraña, pues el pez nadaba hasta la superficie casi pidiendo auxilio y luego caía como un tronco en la arena levantando olas que estremecían a los otros peces, decidió sacarlo del estanque y llevarlo a un piscicultor, un especialista en peces, para que le dijera que padecimiento impedía a Ukelele ser el pez tranquilo de siempre.

En la visita al piscicultor la señora Carlota explicó muy triste el cambio drástico que había sufrido Ukelele. El especialista dio su receta a la señora Carlota y ésta al leerla se extrañó un poco pero no dijo nada. La señora Carlota decidió poner a Ukelele sólo en un acuario más pequeño; lo visitaba a menudo y le daba la mejor comida de peces que pudo encontrar. La semana que pasó Ukelele solito se recuperó pues ya no lo atacaban los otros peces ni le quitaban su comida y podía dormir. Pero en el acuario grande la cosa fue distinta pues misteriosamente apareció una plaga que empezó a molestar tanto a peces como algas y es que a todos le dio una tremenda comezón. Trataban de rascarse unos a otros o con la arena e incluso contra el vidrio de la pecera. ¿A qué se deberá esto?-gemía Joaquín mientras Gugi le rascaba la colita. Arnoldo los miró molesto: Todos ustedes se merecen esta rasquiña y algo más. ¡¿Cómo?! –gritaron los tetras, los guramis, el pez arlequín y los millonarios.¿Nosotros? Sí, precisamente. Les dije que Ukelele no era lo que ustedes pensaban y se dieron a la tarea de hacerle la vida de cuadritos. Ukelele tenía una misión muy importante. Mantener el estanque limpio en las noches y ayudarme a mí que solo no lo puedo hacer. Pero ustedes se dejaron llevar por su aspecto, que era muy grande, oscuro y torpe, que no relucía como perlas ni tenía vestidos caros; nunca hablaron con él para saber quién era ni que sentía; no se preocuparon por él dejándole sin alimento como si a ustedes les gustara que los trataran así y no averiguaron la verdad, confundiéndole con un pez peligroso. Ahora

como el acuario nunca está limpio porque ustedes comen y comen y comen, y yo sólo no me doy abasto, aguántense la rasquiña que les durará un buen rato. Los peces se sintieron muy avergonzados por su conducta y le prometieron a Arnoldo no volver a molestar a Ukelele.

Una semana más tarde la señora Carlota introdujo a Ukelele al acuario. Se posó en el fondo temeroso de que los peces empezaran a molestarlo otra vez. Se asustó mucho cuando se vio rodeado por los seis tetras, los seis guramis, el pez arlequín, la pareja de millonarios y Arnoldo, el caracol. Yo no he hecho nada-dijo con voz temblorosa. No temas-le respondió Gugi- estamos aquí reunidos para decirte que queremos ser tus amigos. Disculpa por no dejarte comida- dijo Eloy muy apenado y los demás tetras asintieron con la cabeza. Le damos las gracias por la labor que hicieron al unísono la pareja millonaria mientras movían sus bellas colas de rayas amarillas y negras. Bienvenido-dijo el pez arlequín sonriendo por primera vez en mucho tiempo. Arnoldo empezó a hablar: el acuario es bello porque todos somos diferentes y conformamos con nuestros diseños una variedad hermosa. Tu y yo- prosiguió Arnoldo-de manera callada pero constante permitimos que los peces luzcan sus relucientes vestidos. Ukelele no dijo nada pero sonrió con tanta felicidad que todos los peces se sintieron también felices y prometieron no pelearse más entre ellos y tratarse bien pues compartían el mismo hogar.

La señora Carlota se alegró de ver a todos sus peces nadando en armonía y mientras los contemplaba pensó en la extraña receta que le había dado el doctor de peces para Ukelele: brindarle mucho amor.